FL 33 182

Ahora, en Radio 1FM, UNED, Radio Educativa. Hola, buenas noches y bienvenidos un lunes más al Programa Educativo y Cultural de la UNED. Desde ahora y hasta las 11 de la noche, una hora menos, en la Comunidad Canaria, la Universidad a distancia te acompañará a través de Radio 1, de Radio Nacional de España, en frecuencia modulada.

Este programa tiene como objetivo servir de canal de comunicación entre profesor y alumno, pero también está dirigido a todos aquellos que, sin estar matriculados en nuestra universidad, están interesados en ampliar su horizonte cultural. Es este un programa realizado por el CEMAP, Centro de Medios Audiovisuales, y los profesores de las distintas facultades de la Universidad a distancia. El lunes es el día que nuestra programación nos ofrece estos espacios.

El primero de ellos, que comenzará en unos momentos, es Revista de Filología. Hacia las 9 y 10 aproximadamente, daremos paso a Revista de Geografía e Historia. Hacia las 10 será el turno de la Facultad de Ciencias, y poco antes de las 10 y media, el curso de acceso directo para mayores de 25 años, que cerrará, como cada día, la programación de la UNED.

Y este es, a grandes rasgos, el contenido de nuestra emisión de hoy, lunes 11 de mayo. Si estáis dispuestos a acompañarnos, damos paso ya al primer programa, Revista de Filología. En Revista de Filología contamos habitualmente con dos espacios de distinto contenido, uno educativo, aula, y otro de aspecto cultural, la crítica.

Aula de Filología es un espacio de unos 30 minutos de duración aproximadamente, que cada lunes dedicamos a tratar en profundidad un tema relacionado con alguna de las materias que forman parte del Plan de Estudios de Filología Española en la Universidad de distancia. El espacio de aula de Filología de hoy está dedicado a latín. Con nosotros está la profesora de Lengua y Literatura Latina II, María Luisa Riva.

María Luisa, buenas noches. ¿Cuál va a ser el tema de nuestro comentario en el programa de hoy? Queríamos, en este programa, caracterizar con algunas notas de no mucha extensión la obra de un gran poeta latino, de nombre Catulo, el poeta del amor, cuya influencia ha llegado hasta nuestros días tras dejar su huella en autores tan significativos como San Nacharo, Ronsar, Montesquieu o Goethe. ¿Y cómo lo haremos, María Luisa? Consideraremos aisladamente una serie de puntos que pueden arrojar luz sobre la colección de sus poemas, apoyándonos siempre que sea posible en sus propios versos.

Tocaremos fundamentalmente cuatro temas. Hablaremos primero de la nueva poesía en la que se desarrolla su obra. Comentaremos después su breve pero intensa biografía.

Agruparemos más tarde sus poemas por ciclos y señalaremos por fin algunos rasgos definitorios de su lengua y estilo. ¿Qué podemos decir de la nueva poesía de la que Catulo es el principal representante? En ella se recoge, fundamentalmente, el influjo griego que parte de la escuela de Alejandría. Esta influencia, que solemos referir exclusivamente a los poetas, se

ejerció también sobre la prosa, donde la novedad consistió en una orientación del discurso hacia el aticismo, es decir, en la búsqueda de un estilo puro y claro, continuación del de los áticos antiguos como Olisias y Tucídides.

Pero, ociñándonos a la poesía, que es precisamente el objeto de nuestro estudio, podemos decir que el círculo de los poeta e noui, a los que Cicerón zaería con el apelativo de cantores euforionis por el poeta euforión de Calcis, no consistía tanto en una escuela en el sentido pedantesco de la palabra como en un colectivo de jóvenes que sentían la pasión del arte de una manera diferente a la que había sido hasta entonces tradicional en Roma. El círculo de los poeta e noui se congregó en torno al gramático Valerio Catón, que puso en boga en Roma el alejandrinismo, es decir, el gusto por los poetas que florecieron en la Alejandría en los siglos III y II a.C., cuyos principales representantes fueron Calímaco y Teocrito. En torno a Valerio Catón, además de Catulo, se reunieron Furio Vivículo, que escribió contra César Mordaces Epigramas el Biocina, que al parecer llevó hasta la exageración las tendencias de la escuela en el cicelado de sus versos, Licinio Calvo, alapar orador y poeta, Tícidas y Cornificio, de los que no conocemos más que los nombres, y Barrón Atacino, que navegaba entre las aguas de la poesía tradicional y las de la nueva escuela.

Algunos de ellos asoman en los versos de Catulo, así Licinio Calvo, con el que compite amigablemente en la creación poética, como muestra el Carmen 50. Ayer, Licinio, en un día de ocio, pasamos mucho tiempo en mis tablillas, jugando, como habíamos convenido, a ser ingeniosos. O Cornificio, a quien se queja Catulo, en el Carmen 38, de sus padecimientos por la infidelidad de lesbia.

María Luisa, ¿y qué es lo que quieren, o mejor, lo que buscan estos poetas? Se oponen a la antigua poesía nacional, a la que encuentran inculta y atrasada, y propugnan una poesía más elaborada, que modelan sobre el ejemplo de los alejandrinos, tanto en la elección de los argumentos como en el cuidado escrupuloso de la expresión formal. Su ideal se refleja en la figura del poeta Doctus. No es suficiente al poeta tener la inspiración.

Necesita, además, la técnica de la composición y una erudición suficiente. Con respecto a los temas, los más interesantes para ellos resultan los de la narrativa y la lírica, pero no la narrativa que celebra figuras sobrehumanas y gigantescas, sino la menos heroica y más cercana, que se presta a analizar los sentimientos del hombre. El vehículo de expresión de esta poesía narrativa eran composiciones breves y graciosas, llamadas epilios, que intentaban ejecutar con la máxima perfección formal.

En cuanto a la lírica, tenían sus medios de expresión fundamentalmente en la elegía y el epigrama, escritos en dísticos elegiacos y en las composiciones en versos mélicos, también llamados eólicos, composiciones métricas inusitadas hasta entonces. Así pues, los poetas enowi adoptan a la vez géneros nuevos y nuevos ritmos. Exigen, además, una observación rigurosa de las reglas de versificación.

No admiten, por ejemplo, la supresión de la s final ante consonante y buscan obtener un verso

con más variedad y capacidad de expresión. Por ello, seguramente, admiten con frecuencia el espondeo quinto en el hexámetro dactílico. De la rivalidad existente entre los poetas neotéricos y los que pudiéramos llamar tradicionales, encontramos también huellas en Catulo, por ejemplo, cuando el poeta se burla de Sufeno en el Carmen XXII.

Este mismo hombre, Sufeno, es más rudo que un rudo campesino en cuanto toca la poesía y nunca es tan feliz como cuando escribe un poema. O cuando vitupera en el Carmen XXXVI los escritos de Volusio, autor de unos anales en verso. Y vosotros, mientras tanto, venid al fuego, versos llenos de tosquedad y de rudeza.

Anales de Volusio, papel de mierda. ¿Y este rechazo de lo tradicional, emblema de los poetae noui, se percibe única y exclusivamente en el ámbito de la creación poética o va más allá? No parece que debamos ceñir esta repulsa al campo estrictamente literario. Por el contrario, la nouitas de estos poetas penetra igualmente en el área filosófica y político-social.

Así que habría hablar de la nueva contraposición viejos-jóvenes en la que los segundos llevan todas las de ganar. Mientras que en el Epos y en la Tragedia encontramos que la figura del Xenex era depositaria de la Virtus y del respeto de los conciudadanos, en Catulo el anciano se transforma en la figura del Censor, del defensor de la integridad y las leyes del pasado, reglas que no convienen ya a la nueva situación social. Así lo indican, por ejemplo, los versos del comienzo del Carmen V. Vivamos, lesbia mía, y amémonos, y las maledicencias de tan puritanos viejos en lo justo tasemos, unas todas.

A este respecto, podríamos quizá preguntarnos si Cicerón, cuando lanza sus dicterios contra los poetas de noui, no está rechazando su actitud social tanto como posición subliteraria, o quizá más. Después de esta introducción, María Luisa, en la que hemos hablado ya suficientemente de los poetas de noui, ¿te parece que pasemos ahora a tratar algunos datos de la biografía de nuestro autor, Catulo? Efectivamente. Parece que es oportuno ya cambiar nuestra perspectiva.

Catulo, cuyo nombre completo era Gallo Valerio Catulo, fue un poeta de vida breve. Su existencia transcurrió, según la mayoría de los autores, entre los años 87 y 54 a. J. Nacido en el seno de una importante familia de Verona, marchó muy joven a Roma para fijar en ella su residencia. Allí frecuentó tanto los círculos de la aristocracia y del dinero como los intelectuales, quedando vinculado, como ya señalamos, a la escuela de los llamados poetas de noui.

Catulo no hizo referencia clara en sus poemas a su lugar de origen, pero menciona a Verona y a su entorno con especial cariño, como en el verso 34 del Carmen 67. Además, hace de los compañeros de su juventud, o de algunos compatriotas, protagonistas de sus versos, como en el Carmen 100. ¿Cuáles podríamos considerar los acontecimientos más importantes en la vida del poeta Catulo y qué huella han dejado en su obra? Sin duda, el gran acontecimiento de su vida fue su encuentro con Claudia, hermana de Publio Claudio Pulxer y esposa de Quinto Metello Zeller, que le inspiró una pasión profunda y violenta, y que fue el objeto dominante de su obra lírica bajo el seudánimo de lesbia.

Sobre ella giran las tres cuartas partes de la producción literaria de Catulo. Pero hemos de reconocer que, si los poemas amorosos son los más importantes de la selección catuliana, no bastan para dar la imagen completa de su personalidad. Junto a la figura de lesbia, la muerte de su hermano, su viaje al Oriente, algunas enfermedades, van dejando su fructífera huella en la creación del poeta.

Estos acontecimientos, además, se insertan en la urdimbre de otros hechos más comunes, el círculo de sus amigos, sus enemistades, sus estudios, las inquietudes políticas... De todo ello, como ya hemos insinuado, encontramos cumplida referencia en sus versos. ¿Podríamos escoger algunos versos como símbolo de estos sentimientos tan diversos del poeta? Naturalmente. Al principio nos referiremos a la tortuosa relación de amor que protagonizaron lesbio y Catulo.

En ella se sucede en los días de sol y los sombríos, hasta que las nubes se hacen más densas y estalla la tempestad. En principio veremos la pasión de los enamorados plenamente reflejada en el Carmen V, que comienza con el verso ya mencionado, y continúa con el juego de los besos, en un pasaje lleno de ritmo y de eufonía casi imposible de recoger en nuestra lengua. A continuación, las protestas de amor y fidelidad de Catulo en el Carmen 87.

Ninguna mujer podría decir que ha sido tan sinceramente amada cuanto tú, querida lesbia, lo has sido por mí. Más tarde sobreviene la infidelidad de lesbia y la furia de Catulo que se desata contra sus rivales, llevándole a ridiculizarlos con duras palabras y airear sus vicios. Así, en el caso de Helio, el amigo que le hizo traición, en el Carmen 38.

También hay ocasión para pintar la contradicción que existe entre los dichos y los hechos de los amantes. Así, en el Carmen 92. Lesbia continuamente me maldice, mas no deja de hablar de mí jamás, que me muera si lesbia no me ama.

¿Cuál es la prueba? Que mi caso es el mismo. La insulto sin cesar, pero que muera si no la amo. Tras reconciliaciones inesperadas, como en el Carmen 107.

Llega, por fin, la ruptura definitiva. Más dura para el poeta que la más dura enfermedad. Así lo expresa Catulo en el Carmen 76.

Es difícil deshacer de repente un amor duradero. Es difícil, pero debes lograrlo de cualquier manera. Esta es la única salvación, esta es tu victoria.

Habrás de hacerlo, puedas o no puedes. ¿Hemos hablado también de la muerte de su hermano como un acontecimiento que marcó la existencia de Catulo? ¿Tanto le afectó María Luisa? Eso hemos de creer, al menos, si hacemos caso al Carmen 101, que viene a ser como un último atributo a su hermano y a las palabras que desliza en los versos 19-25 del Carmen 68, aludiendo al profundo desánimo en que le sumergió aquel triste suceso. Pero todos estos afanes la muerte de mi hermano me los arrebató con su dolor.

Oh hermano arrancado de mí por mi desgracia, todas mis alegrías perecieron contigo, las que

en vida alimentaba tu dulce amor. Realmente debieron de ser unos momentos terribles para Catulo. Con la lectura de estos versos hemos podido advertir, aunque sólo sea someramente, cómo las poesías de Catulo son fuente principal de su biografía.

Pero vamos a dejar a un lado ahora los datos concretos de la historia de su vida para intentar, de alguna manera, una clasificación de sus poemas, ¿se parece? Sería ciertamente quimérico intentar una clasificación de los poemas de Catulo desde el punto de vista cronológico, pero podemos comentar la ordenación del corpus catuliano que reproducen habitualmente nuestras ediciones y presentar una relación de aquellos temas que tienen conexión entre sí y forman unos, a manera de ciclos, capaces de englobar la mayoría de las piezas poéticas del autor. Vamos pues a ello. La obra de Catulo, según la conocemos, consta de unos 2.300 versos agrupados en 116 cármina.

No se sabe con seguridad si fue el mismo autor el que realizó la ordenación del corpus catuliano que ha llegado hasta nosotros, pero lo que parece cierto es que poseemos casi íntegra su producción, pues de las citas asignadas el autor por los gramáticos antiguos sólo un par de ellas faltan en nuestra colección. Tal como ha llegado hasta nosotros, el corpus catuliano está compuesto de la siguiente manera. Una primera parte de los poemas 1 al 60 que recoge composiciones breves en metros varios, lámbicos y eolios, entre los que predomina el endecasilagofalecio y los trímetros lámbicos con el último pie ritmado a contratiempo, por lo que reciben el nombre de coliambos, es decir, llambos cojos.

Una parte segunda del 61 al 68 que recoge algunos poemas más largos, entre los que predominan los de carácter narrativo, los simeneos, el poema de Atis escrito en galeambos, las bodas de Tetis y Peleo y la recreación de una elegía que Calímaco escribió en torno al año 246 antes de Jesucristo con el título de La cabellera de Berenice. Una parte tercera del 69 al 116 formada por poemas breves, pero compuestos esta vez en dísticos elegiacos, la mayor parte con un carácter epigramático y mordaz. Con respecto a los asuntos tratados por Catulo en su obra poética, podemos decir que el autor se vale de dos clases de estímulos para emprender su tarea creadora, los que le aporta su realidad concreta, espiritual y física, su vida cotidiana y los que toma de la cultura literaria de su tiempo.

Según predominen unos u otros, podemos hacer una primera distribución elemental. Primero, poemas subjetivos. Segundo, poemas de tema no personal y carácter erudito.

Entre las composiciones del segundo grupo debemos englobar el himno a Diana, Carmen 34, los epitalamios, 61 y 67, el atis, 63, las bodas de Tetis y Peleo, 64 y La cabellera de Berenice, 66. En el primer apartado quedarían incluidos todos los demás que podrían distribuirse en siete grandes ciclos de acuerdo a los motivos y sentimientos predominantes en cada pieza. Primero, su país natal y sus compatriotas.

El poeta, aunque abandonó su tierra a edad muy temprana, se siente muy vinculado a ella, tanto por los recuerdos de su juventud como por la dicha que le proporcionará después su agradable retiro de Sirmión. A este ciclo pertenece el Carmen 67, en que Catulo adopta un

género llamado Paraclansitiron, el canto del amante ante la puerta de su amada. En ese caso se nos transmite el diálogo entre el poeta y una puerta, que actúa a modo de los criados chismosos de la comedia, dando a conocer la historia escandalosa de una familia de Brixia.

Segundo, la vida cotidiana en Roma. Los poemas de este ciclo se refieren sobre todo a la vida de placer que llevaban Catulo y sus compañeros en su vida urbana. Entre ellos situamos el célebre Carmen 13, una deliciosa invitación a cenar del poeta a su amigo Fabulo, con tal de que el invitado se traiga la cena.

Tercero, las relaciones con Juvencio. Catulo, una vez que abandonó a su amada lesbia, mantuvo una relación personal, también azarosa, con el joven Juvencio. El poeta sigue aquí la tradición griega de la poesía erótica homosexual para expresar sus sentimientos.

Cuarto, su estancia en Bitinia. Tras su ruptura con lesbia, y quizá también para olvidarla, en el año 57 Catulo marchó a Bitinia con el fin de mejorar su fortuna personal, cosa que finalmente no logró. Tal vez la única ventaja que le reportó este viaje fue su presencia en Troya, donde pudo visitar la tumba de su hermano, como nos narra en el Carmen 101.

A este ciclo pertenecen, entre otros, el Carmen 28, diatriba contra Apisón y contra Memnio, gobernadores de Macedonia y de Bitinia respectivamente, además del epigrama funerario mencionado anteriormente. Cinco, ataques contra los cesarianos. Las investigas de Catulo, que podríamos llamar políticas, no están en realidad basadas sobre la crítica al comportamiento político del partido de César, a su actitud contra la República, sino más bien a la reprobable conducta de índole personal y privada que algunos de sus miembros exhiben sin pudor.

Entre los poemas de este ciclo cabría destacar el designado con el número 29. Se trata de un ataque a los dos políticos más poderosos de la época, Pompeyo y César, acusándole sobre todo de haber permitido el enriquecimiento fraudulento y rápido de su lugarteniente Mamurra, al que en otras ocasiones designa con el obsceno apelativo de Méntula. Sexto, la vida literaria.

Catulo, que estuvo siempre presente en las controversias literarias de su época, nos ha dejado testimonio claro de sus inclinaciones. Los versos que dedica a los escritores de su tiempo oscilan entre las burlas despiadadas a los tradicionalistas, como la que dedica en el ya mencionado por nosotros Carmen, ve 36 a Volusio, un poeta de corte indiano, y el elogio a sus amigos, como el que ofrece a Cornelio Nepote, su protector de siempre, en el Carmen I. Séptimo, su amor por lesbia. Ya hemos hablado suficientemente de la importancia de los poemas del amor por lesbia, circunstancia que constituye sin ningún género de dudas el centro de la existencia de Catulo y de su obra literaria.

Entre ellos, el Carmen 51 de la colección parece ser el primero que escribió Catulo para lesbia, aquel en que el poeta expresa la impresión que la mujer le causó cuando la vio por primera vez su enamoramiento. Quedarían todavía algunos poemas, unos 20 de contenido muy diverso, fuera de esta clasificación general que hemos ofrecido. Entre ellos podemos mencionar el Carmen 73, en que el poeta manifiesta su decepción ante la falsa amistad, o el Carmen 103, que

nos hace llegar una diatriba contra un dudor insolvente.

Una vez definidos y clasificados hasta donde es posible los temas abordados por la inspiración catuliana, convendrá recopilar algunos datos que nos ayuden a penetrar en la lengua, el estilo y la métrica de nuestro poeta. En relación a la lengua de los poemas de Catulo hemos de sentar dos bases. Primero, puesto que Catulo pertenece a un movimiento renovador, el poeta tiene que rehuir todo aquello que parezca anticuado o propio de los moldes tradicionales, tanto en los términos como en las estructuras sintácticas o en la prosodia y métrica.

Segundo, el latín de Catulo no presenta el mismo color en los dos grandes grupos de poemas que anteriormente hemos señalado. En los poemas de tema no personal, el léxico pertenece a la lengua de la épica y se distingue por los numerosos préstamos tomados de la lengua griega, mientras que en la poesía subjetiva la lengua se aproxima a la de la comedia o conversacional. En efecto, los carmenalíricos y los epigramas son ricos en términos familiares, populares e incluso groseros.

Con respecto a la entrada de términos nuevos en el vocabulario erótico de Catulo, podemos señalar dos ejemplos. El uso de basia frente a los usuales osculum y suavia y el de escruciare frente al habitual torcuere. En ambos casos parece que el poeta ha tomado palabras propias de la jerga de los jóvenes con intención de alejarse de la terminología más tradicional.

Muy característico resulta también el uso de los diminutivos destinados a expresar, según el caso, la pequeñez de las cosas, la debilidad o la elegancia, o a suscitar en el lector o en el oyente una especial ternura. De gran importancia revisten también en Catulo el uso de la interrogación retórica, que utiliza con la misma frecuencia en los versos subjetivos y en los grandes poemas. Con este recurso, que a veces se convierte en una interrogación particularmente afectiva, consigue el poeta un medio muy eficaz para hacer participar intensamente al lector o oyente en el enunciado.

Otros recursos estilísticos utilizados por el poeta, en este caso siguiendo las huellas de los alejandrinos, son la anáfora, que refleja una tensión emocional o subraya un concepto, y la epanalepsis, que a veces se hace patética y a veces pintoresca. Es evidente, María Luisa, que aún podrían anotarse otros datos significativos a la hora de caracterizar la lengua de los poemas de Catulo, pero como el tiempo se nos termina ya, deberíamos pensar en hacer algunas consideraciones en torno a los metros utilizados por el poeta. Bien, podemos decir que Catulo, heredero de la tradición helénica y helenística, tuvo a su disposición no sólo los metros utilizados por Calímaco y Teócrito, sino los que usaron Safo y Anacreonte, Arquíloco e Hiponacte.

La cuestión de por qué eligió en un caso determinada forma métrica y otra en el otro, es un problema a primera vista irresoluble. Efectivamente, ante nuestros ojos aparece justificada la elección del hexámetro latino, el verso épico por excelencia, para la composición del epilio Las bodas de Tetis y Peleo, o del galeambo, para el poema de Atis en su iniciación a los ritos orgiásticos de Cibeles. No parece, sin embargo, que haya correspondencia entre contenido y

forma métrica en el uso de los tres esquemas más utilizados por el poema en los versos líricos, dístico elegíaco, falecio y coleambo, ya que en Catulo los tres resultan aptos para expresar los sentimientos más opuestos, la euforia y el pesimismo, la alegría y la desesperación, el entusiasmo y la amargura.

A este respecto, lo único que parece claro es que, cuando el autor quiere golpear duro y rápido, utiliza la forma del epigrama acerado y lapidario y el esquema del dístico elegíaco. La versificación de Catulo es muy cuidada y presenta algunas diferencias notables en la práctica de la prosodia y la métrica con respecto a los poetas latinos anteriores y posteriores. Ya hemos hablado de su rechazo a la supresión con efectos métricos de la S final del antes de consonante, regla aún vigente en Lucrecio.

Como sus compañeros del círculo de los poetas de Nowy, Catulo admite la elisión en la diéresis y utiliza abundantemente el exámetro espondaico, herencia del alejandrinismo. Con respecto al pentámetro, la cláusula es libre y no necesariamente bisilábica, como en Ovidio. En resumen, podríamos decir que los poemas de Catulo son fruto de un arte natural y cuidado a la vez, generalmente de buen gusto, aunque a veces pueden hacerse violentos y hasta groseros.

En Catulo se encuentra todo lo que caracteriza a los neotéricos, poesía erótica, sátira política y privada, descripción de la naturaleza, epitalamios, epilios... Dispone de un vocabulario tan rico para la expresión tierna y amorosa como para el lenguaje violento y osteno. Supo además trasplantar a la poesía romana la métrica eólica y manejar el verso épico con gran maestría, llegando a ser el verdadero precursor de poetas tan significativos y tan diversos como Propercio, Tibulo y Ovidio, Horacio y Marcial. Con Catulo irrumpió en la literatura latina un aire nuevo, que a veces como viento impetuoso y a veces como suave brisa, ha llegado hasta nosotros para hacernos sentir lo que es la verdadera poesía.

Bien, despedimos aquí a María Luisa Rivas, profesora titular de Lengua y Literatura Latinas II en la Universidad de Distancia, que nos habló de la poesía de Catulo. Continuamos en Revista de Filología. Después de aula damos paso a nuestro espacio cultural, La Crítica.

En este espacio el profesor de literaturas hispánicas Juan Victorio entrevista al profesor de la Universidad Norte de París, Georges Martin, autor de una tesis sobre los jueces de Castilla en la España medieval. Damos paso ya al profesor de la UNED, Juan Victorio.